



## **LESTER EMBREE. UN RETRATO PERSONAL\***

### **LESTER EMBREE. A PERSONAL PORTRAIT**

**Jesús M. Díaz Álvarez**

Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED), Madrid

[jdiaz@fsf.uned.es](mailto:jdiaz@fsf.uned.es)

Eu sei que son unha árbore:  
cecais un carballo  
ou un castiñeiro poderoso  
ou aínda unha abidueira  
que o vento cimbrea e non arrinca.  
Escoito a voz da terra  
que, amorosa e urxente, me reclama.  
Déitome no chao como un  
penedo: deixo que o humus  
me ensuma no seu seo.  
Pro sei que agromarei  
en folla verde e tenra  
aló na Primavera.  
E agardo ilusionado que  
o Outono me murche para ser  
terra de novo, unha vez máis.

Manuel María

Benquerido Lester, agora que partiche para noite máis alá da noite, quero e debo lembrar a túa memoria. Para mín sempre fuche coma un deses carballos rexos, fortes e sabios que temos en Galicia. Manuel María, un poeta da terra, escribú estes versos pensando na súa propia persoa. Eu, agora, nestes apesarados momentos, imaxino que fluen da túa boca e interrompo a miña tristura.

\* Este texto fue leído el 10 de marzo de 2017 en el Seminario Permanente de la Sociedad Española de Fenomenología al calor de conocimiento de la muerte del querido amigo y maestro.

Mis primeros recuerdos de Lester Embree me trasladan a la universidad de McGill en Montreal y al año 1999. En aquel momento estaba realizando una estancia postdoctoral, que se prolongaría durante un largo año y medio, y me encontraba metido de lleno en el estudio de la obra de Aron Gurwitsch, de quien debía hacer una presentación. Phil Buckley, mi tutor y, desde entonces buen amigo, al ver mi entusiasmo gurwitscheano, me dijo: “deberías hablar con Lester Embree. Seguro que podrá echarle una mano en las dudas que te surjan y darte pistas interesantes. Además —continuó— es buena gente”.

Con un cierto temor a molestar o ser ignorado, le escribí al “Profesor Embree” con todo el ceremonial olímpico aprendido trabajosamente en la universidad alemana. Mi enorme sorpresa fue que al cabo de unas horas recibí en mi ordenador un correo amable y entusiasta en el que aquel prestigioso académico se dirigía a mí en tono afable congratulándose de que estuviera dedicando parte de mi tiempo al estudio de la obra de quien había sido uno de sus grandes maestros. Al joven que todavía era yo entonces, le impresionaron dos cosas en aquel correo, aparte de la extensión —4 hojas—: su sabiduría fenomenológica y la bonhomía que salpicaban sus letras.

Cuando me comunicaron la muerte de Lester, esos extraños mecanismos que dominan nuestro inconsciente me llevaron, como suele ser, sin porqué, justo al momento que terminé de relatar. Y en mi cabeza apareció su poderosa figura sonriente —aunque era un momento triste— envuelta en lo que siempre había significado para mí desde el momento que nuestros caminos azarosamente se cruzaron en el otro lado del mundo, a saber, sabiduría y generosidad, cualidades ambas acompañadas, eso sí, de grandes dosis de sentido del humor y picardía.

Lester era, en efecto, un hombre sabio. Sabio en la disciplina fenomenológica, aprendida de viva voz, aunque no sólo, de algunos de los mejores discípulos de Husserl —tal era el caso del mencionado Aron Gurwitsch o de Dorion Cairns—, y sabio en lidiar con el tráfigo de la vida y la peculiar variedad de humanos que lo componemos. Tenía, sin lugar a dudas, eso que por aquí llamamos “don de gentes”.

Con respecto a su sabiduría fenomenológica, es absolutamente innecesario recordar ahora algunos de sus muchos méritos traducidos en libros propios, artículos, ediciones de clásicos y coordinación de un número apabullante de volúmenes que abarcan casi todos los ámbitos de la corriente filosófica que profesó y amó. Prácticamente nada en esta forma de entender la filosofía le fue

ajeno, desde la ética a la estética, pasando por la lógica o la antropología. Tenía, además, una idea sumamente interdisciplinar del tipo de pensamiento iniciado por Husserl, lo que le llevó a favorecer y a frecuentar las relaciones entre la fenomenología y toda una amplia panoplia de lo que comúnmente se entiende por ciencias humanas o sociales. En este enfoque multidisciplinar, su obsesión constante era, creo, abrir la reflexión filosófico/fenomenológica, airearla, sacarla de una endogamia filológica que podía acabar por esterilizarla —lo cual no significaba, en absoluto, prescindir del trabajo filológico mismo. En efecto, hasta donde yo sé, su particular visión de la fenomenología —lo que él denominaba, *análisis reflexivo*— no pretendía en ningún caso ahorrarnos la disciplina rigurosa de los clásicos del pensamiento fenomenológico. Al contrario, en las muchas conversaciones que tuve con él al respecto, siempre expresó la necesidad de conocer a fondo a los grandes fenomenólogos, pero el destino de tal aprendizaje debía ser, a su juicio, la propia *práctica de la fenomenología*, su continuo hacerse y deshacerse en medio del mundo y sus misterios. Su convicción era que semejante práctica renovaba la teoría e impedía que ésta se clausurase sobre sí convirtiéndose en un puro fetiche al servicio del gozo insano de los “intérpretes de autores”. En una palabra, era necesario vivificar a los clásicos de la propia tradición, subirse a hombros de gigantes y tratar de hacer, aunque fuera modestamente, lo que ellos hicieron, a saber, describir y comprender el mundo y sus cambiantes fenómenos.

Y es que Lester estaba plenamente convencido de que la filosofía que había nacido de la mano de Husserl y que había sido continuada y perfilada después por sus maestros y otros muchos era la mejor manera de situarnos en la vida, de dar sentido a lo que nos rodea. En su afán comprensivo, totalizador, solía pasar por encima de las diferencias de los distintos fenomenólogos y defender lo que podríamos llamar la “visión fenomenológica del mundo”. Tal visión debía aplicarse de alguna forma a todos los ámbitos de la realidad si queríamos describirla con verdad. Su insistencia en la interdisciplinariedad antes mencionada tenía también este rostro: atraer a las diferentes disciplinas científicas a la órbita de la fenomenología. Con esta idea, recogía en el fondo una concepción cooperativa de la filosofía presente de forma destacada en el propio Husserl. Y es que Lester era, en mi opinión, un verdadero *creyente* de la fenomenología. Cuando yo, andado el tiempo y mucho más agnóstico al respecto, le expresaba algunas de mis dudas sobre ciertos basamentos de esa “visión

fenomenológica del mundo”, él solía reírse con la generosidad que le era habitual y me decía, “algún día terminaré por convencerte del todo. Además no te veo a ti ejerciendo de naturalista, escéptico o místico”.

Acabo de hablar de Lester Embree como sabio fenomenólogo, pero también incidí en su sabiduría humana más allá de los libros y la práctica de la fenomenología, en su, expresado de otra forma, “don de gentes”. El don de gentes puede ser una herramienta empática no acompañada necesariamente por la bondad. Hay personas que lo utilizan para manipular del modo más abyecto a sus congéneres, para aprovecharse de ellos sin piedad ni restricción alguna. Tales individuos tienen el don de comprender muy bien los resortes emocionales y racionales de los demás, son capaces de entender a la perfección lo que sentimos o pensamos y de usarlo siempre en beneficio propio. Hoy en día no es inusual aplicar a este peculiar tipo humano empático y egoísta la categoría de psicópata. Vista así la cosa, no hace falta rebuscar mucho en la vida propia para darse cuenta de que todos conocemos o hemos conocido a algún psicópata o a varios. Los hay en todas las esferas de la vida. Y me atrevería a decir que en el ámbito académico, siempre tan fuertemente competitivo y egótico, abundan más de lo deseable y tienen un enorme terreno abonado para desarrollarse. Digo todo esto porque Lester, al menos el Lester que yo he conocido y disfrutado, nunca destiló ningún perfume parecido. Tenía, sí, un enorme don de gentes, una inigualable capacidad empática, una finísima comprensión de los humanos que lo rodeaban, pero, hasta donde yo sé, nunca utilizó tal don para el mal ajeno o el exclusivo bien propio. Eso le permitió, al menos en parte, creo, ser el gran organizador institucional de la fenomenología contemporánea. Este aspecto sobresaliente de su personalidad —su capacidad sin par para poner en relación organizada a fenomenólogos de todo el mundo vinculados a las más variadas disciplinas— nunca le será suficientemente agradecido. Porque la filosofía —en este caso, la fenomenología— es también las instituciones que la amparan y sustentan; y si hoy el pensamiento que se inició con Husserl goza de una excelente salud se debe, en parte, a organizaciones tan monumentales como la OPO imaginada y querida por él.

Hasta aquí llega mi retrato apresurado de Lester Embree, realizado muy al paso y a golpe de corazón. Echaré mucho de menos sus conversaciones sobre lo divino y lo humano, sus historias sobre la vieja Universidad en el Exilio —la New School for Social Research—, sus mil anécdotas sobre Hans Jonas, Werner Marx,

Hannah Arendt, Aron Gurwitsch, Dorion Cairns o Alfred Schütz delante de una buena copa de vino americano, es decir, de Coca Cola. También echaré a faltar sus consejos, siempre atinados, su sonrisa y su imponente presencia de roble galaico. Pero, más allá de lo estrictamente personal, se ha ido un buen hombre que nos ayudó a muchos y un más que digno continuador de la obra de sus maestros. Descansa en paz viejo y entrañable amigo.